

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres.

EL PROGRAMA DE NUESTRO PARTIDO

VII

Así como para que un hombre no sea esclavo de otro es de todo punto necesario transformar los medios de producción en propiedad común, en propiedad de todos, al revés precisamente de lo que acontece hoy, que son propiedad de algunos individuos y colectividades, así también para efectuar esa transformación, para obligar á la clase capitalista á que entregue á la sociedad los instrumentos de trabajo que ella detenta, es imprescindible que la clase trabajadora, que todos los proletarios, perfectamente organizados y dispuestos á librarse del yugo que por tanto y tanto tiempo han venido sufriendo, se apoderen del poder político; esto es, lo arranquen de las manos de la burguesía y se hagan dueños de él.

Podrá la evolución económica, el desarrollo del sistema burgués, quitar de delante grandes obstáculos y no pocos inconvenientes que para verificar la transformación por nosotros apetecida existen todavía; pero por mucho que se simplifique el problema, por bien dispuestos que estén los elementos que han de sustituir á la organización llamada á desaparecer, por concentrados que se hallen los medios de producción y reducido el número de sus poseedores, aunque una parte de la clase privilegiada, viendo próximo su fin, y animada de sentimientos razonables y equitativos, se pase al bando proletario, no por eso podremos prescindir, si queremos ser libres é iguales de veras, de apoderarnos del poder político.

La clase burguesa, por debilitada que esté cuando el proletariado se halle en situación de abrir las puertas de la vida al nuevo organismo social, no renunciará de buen grado, no se desposeerá voluntariamente de sus preeminencias y monopolios. Sólo ante la fuerza se someterá y sólo obligada por ella restituirá á los despojados lo que á éstos pertenece por todos conceptos.

Nosotros aspiramos á llevar representantes de nuestras ideas al Municipio, á la Diputación y al Parlamento; pero jamás hemos creído ni creemos que desde allí pueda destruirse el orden burgués y establecerse el orden social igualitario que nosotros defendemos. ¿Cómo habíamos de caer en tal error, si precisamente el parlamentarismo es la institución por la cual la burguesía ha asegurado mejor su poderío y obtiene los gobernantes que más convienen á sus intereses?

No; nosotros no incurrimos en la candidez de creer que nuestras ideas puedan tener mayoría en los Parlamentos, en las Diputaciones ni en los Municipios; por el contrario, entendemos que será muy difícil hacer franquear las puertas de esos baluartes burgueses á algunos representantes de nuestras ideas; y si lo conseguimos no esperamos de sus esfuerzos ni de sus trabajos que hagan cambiar el rumbo de la nave burguesa, es decir, paralizar la explotación que ésta ejerce sobre la clase obrera. Si nosotros queremos que vayan á aquellos sitios diputados ó concejales socialistas, es porque allí, merced á sus proposiciones ó á sus proyectos de ley, además de poder arrancar alguna mejora favorable á los trabajadores, harán que se manifieste abiertamente el antagonismo de clase; que los Gobiernos burgueses se revelen tal cuales son, guardadores, y nada más que guardadores, de los intereses capitalistas; que los distintos partidos de la burguesía, monárquicos y republicanos, no obstante sus diferencias políticas, se manifiesten unidos en contra de las reclamaciones obreras; que se vea, en fin, que mientras se hacen en tres días ó una semana leyes provechosas á los intereses de la clase explotadora, no se hace ninguna, ó se hace de mala gana é incompleta al cabo de muchos años, en pro de los que son víctimas de una terrible explotación. Querramos, sobre todo, enviar representantes socialistas al Parlamento, las Diputaciones y el Municipio, para que se valgan de sus tribunas y agiten desde ellas, convirtiéndolas en foco de propaganda de nuestras doctrinas, á la inmensa masa desheredada; con lo cual, al no conseguimos que el Parlamento burgués, obrando contra sus intereses, acepte nuestras ideas, lograremos que la clase trabajadora adquiera educación revolucionaria.

Al mostrarnos, pues, partidarios de que vayan representantes socialistas al Parlamento ó á otros Cuerpos legislativos ó administrativos, no entra en nuestros cálculos sacar de ellos la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común; lo que intentamos con eso es contribuir desde allí poderosamente á la formación del ejército revolucionario.

Y formado que sea ese ejército, preparadas que se hallen las huestes obreras, cualquier conflicto de los que se encuentra preñado el orden burgués, cualquier dificultad en la marcha de éste, una guerra, una crisis económica, puede ponernos en el caso de intentar la con-

quista del poder político, conquista que, según se desprende de lo que decimos al principio de estas líneas, y exponemos ahora con más claridad, sólo podrá alcanzarse revolucionariamente y nada más que revolucionariamente.

Por tanto, de ningún modo hemos entendido nosotros, ni ha entendido el Partido Socialista Obrero, que el ir al Parlamento era conquistar el poder político, ni que esta conquista pudiera ser pacífica.

Dicho queda por qué queremos acudir al Parlamento y expresado también de qué manera pensamos hacernos dueños del poder político, del Gobierno.

Apoderada de este la clase trabajadora, la imposibilidad en que antes se encontraba de concluir con el dominio burgués desaparece, pues inmediatamente que aquel poder esté á su disposición puede expropiar con gran facilidad de todo el capital y la riqueza que tenga en sus manos á la clase parasita, quedando por este solo hecho la burguesía aniquilada y convertidos sus individuos en simples trabajadores, que, como los demás, tendrán á su disposición los instrumentos de trabajo con que poder llenar el deber social de contribuir á la producción para, en virtud de esto, tener derecho á satisfacer todas sus necesidades.

El poder político es, pues, para el proletariado, como establece nuestro Programa, la poderosa palanca con que ha de destruir los obstáculos que se opongan á la transformación de la propiedad en el sentido que reclama el Partido Socialista Obrero.

ESPÍRITU DE CLASE

En todas las manifestaciones de la lucha que se realiza en el momento presente—lucha sintomática no más de la definitiva que ha de librarse cuando los obligados hechos económico-políticos lo exijan con todo su rigor—se comprueba de un modo tangible que el espíritu ciego de clase informa los absurdos é inhumanos procedimientos del dominante régimen capitalista.

Este hecho nunca desmentido, ni en la manera de formular los pactos que regulan las relaciones entre el trabajador y el acaudalado, ni por la forma en que se legislan los llamados derechos individuales; este hecho, repetimos, demuestra de un modo preciso que la equidad y la moralidad no han sido consultadas nunca para formar la base de los códigos que rigen á la actual sociedad.

Y si esto ha sucedido y sucede, y si por interesada obstinación todos los esfuerzos de la clase dominante se encaminan á sostener el mismo estado social—estado social en que todo trabajador digno no tiene otra participación que la de un continuo sufrimiento, sin esperanza de mejorar su situación si él no procura remediarlo por sí mismo—¿qué esperamos para mañana, si hoy no nos desprendemos en absoluto de las preocupaciones que constantemente han procurado imbuirnos nuestros continuos engañadores? ¿Esperamos acaso que nuestros explotadores señalen el camino á recorrer para la terminación de nuestros males?

¿Vana y triste esperanza sería ésta! Cuando es evidente que los principios fundamentales de la sociedad actual están asentados para sostener exclusivamente una fracción de ella, este organismo social debe desaparecer y ser reemplazado por otro en el cual funcionen de un modo verdaderamente libre todos los seres que le compongan. Y como para que todos los seres funcionen de un modo libre es condición esencial la garantía de la vida, y esta garantía no puede obtenerse sin destruir á la clase dominante, de ahí la necesidad inmediata de que todo hombre digno y justo se una á su camarada en condición para organizarse como clase enfrentada de la que hoy domina y pretende dominar por siempre.

La clase dominante no puede garantizar á todos lo necesario para la vida sin destruirse á sí misma: las leyes tributarias de la sociedad exigen al propietario el sostenimiento de las llamadas cargas del Estado, y que con más propiedad deberían llamarse «cargas del proletariado para mantenimiento de los privilegios». Esta tributación es dada por el burgués á cambio de que le sean defendidos sus intereses en la forma que á él convenga mejor.

Para satisfacerla, rebajará los salarios, organizará la producción y combinará todas sus operaciones mercantiles en la forma que más pueda convenirle, sin sujetarse á ningún principio de justicia; pero si el Gobierno á quien sostiene mediante esta tributación le dejara sin su apoyo político incondicional, sería reemplazado inmediatamente por otro dispuesto á garantizar sus intereses de clase por encima de todo.

¿De dónde, pues, esperar que las llamadas libertades

políticas rediman al asalariado de su horrible esclavitud económica, impidiéndole ésta el ejercicio de toda libertad? No; las libertades políticas, que por compromiso y conveniencia financiera han de otorgar los dominadores del mundo, no pasan de ser otra cosa que medios para combatir al enemigo. ¿Precisan ejemplos? Pues dejando el pasado, bastará fijarse en lo que hoy está sucediendo en los países de Europa y América que están regidos por instituciones las más democráticas bajo el punto de vista político burgués.

Las matanzas que sin consideración alguna se ordenan contra trabajadores indefensos, que no han cometido otro delito que el de padecer sin tregua, siempre agobiados por duro trabajo, y siempre en la más espantosa miseria, ¿qué demuestran? Demuestran que existe en el fondo de todas las instituciones burguesas la idea perenne de que el trabajador tiene el ineludible deber de someterse sin protesta alguna á cuanto convenga á su verdadero tirano. Demuestran que la hipocresía burguesa, que tanto ha enaltecido y enaltece al obrero que inconscientemente ha puesto su vida al servicio de sus luchas intestinas, se ensorbece cuando aquél, su instrumento político ayer, se rebela, prefiriendo la muerte instantánea á la asfixia entre las mallas de los privilegios del capital inicuaemente acaparado. Demuestran, además, que es ley de vida oponer intereses á intereses; en una palabra, que es indispensable que el obrero no espere indefenso la venida de los acontecimientos económicos; que es necesario inforque siempre su conducta en el espíritu de clase, y en armonía con éste se organice con toda la previsión posible para las grandes batallas que en días no lejanos han de librarse. A este fin habremos de tener presente que toda organización será débil si la lucha en el terreno económico, ó sea por el aumento de salario, reducción de horas de jornada, etc., etc., no es defendida independientemente por la acción política; y de ahí la necesidad de organizarse como partido: partido que no llenaría sus fines si no estableciese en su bandera la defensa incondicional de los intereses de los trabajadores.

REUNIÓN IMPORTANTÍSIMA

Lo fué sin duda alguna el *meeting* celebrado el domingo último en el teatro Felipe por iniciativa de la Asociación del Arte de Imprimir; y de tal trascendencia lo consideramos, que sin vacilación podemos afirmar que ha sido la más robusta y unánime muestra de vitalidad que la clase obrera madrileña ha dado como tal clase social.

Y no podía suceder de otra manera: cuando nuestros hermanos de Inglaterra, el país clásico de las libertades burguesas, patentizan con sus estremecimientos recientes que en medio de la orgía del imperio capitalista son víctimas de la más desesperada penuria; cuando nuestros hermanos de Bélgica se ven impulsados á preferir la muerte instantánea de la lucha armada á la lenta agonía á que los tiene sujetos la más constitucional é hipócrita burguesía; cuando nuestros hermanos de Francia nos muestran en Decazeville con la más heroica de las resistencias cómo debe responderse á la insaciable rapina de los explotadores del trabajo, protegidos francamente por los cañones y las bayonetas de una tiránica república; cuando nuestros hermanos norteamericanos se preparan á una colosal empresa que demuestra cómo tampoco el sistema federal capitalista presta garantías de vida á la clase productora; cuando en todas partes, en fin, lo mismo en los países regidos por instituciones cesaristas que en los gobernados por las monárquicas ó repúblicas, la clase obrera se agita y se apresta á dar en término breve tremenda batalla al capitalismo explotador, nuestra región no podía sustraerse á la atmósfera del antagonismo de clases que hoy se extiende por todos los pueblos, y los trabajadores españoles debían mostrar que no permanecen indiferentes al movimiento de avance en la senda de la emancipación.

¡Oh! Los que todavía creen contar con el apoyo de las fuerzas proletarias para esos cambios de decoración política con los cuales el trabajador logra sólo variar de amo, pero no de explotador; los que confían que entre nosotros todavía el espíritu de clase no se ha infiltrado en la masa obrera, pueden ir convencidos de su engaño y de que todos sus esfuerzos serán vanos para contener la corriente ya iniciada.

Y ha bastado que una Asociación benemérita de obreros llamara á sus hermanos para mostrarles la inutilidad de sus esfuerzos á fin de hacer plantear una ley que en algo beneficia los intereses de su clase, para que aquéllos acudan presurosos, no ya sólo á darle el testimonio de su más viva simpatía, sino también para expresar enérgica protesta contra los que, fieles guardianes

de los privilegios patronales, rechazan por sistema todo lo que tiende a dar satisfacción a las demandas obreras.

No hay ya lugar a dudas; no se trate de una de las muchas exigencias a que tiene derecho la clase obrera: se trata nada menos que del cumplimiento de una ley burguesa, que apenas perjudica los intereses industriales y en algo favorece la infancia proletaria, y ni aun así puede alcanzarse por los medios razonables. ¿No es esto la demostración más clara del antagonismo de clases? ¿Podrá decirse que éste es invención fantástica de los sectarios socialistas? ¿Acaso no es el resultado lógico de la insensatez y el egoísmo de las clases gobernantes? ¿No son éstas con su conducta las que enseñan al trabajador que sólo con su fuerza colectiva podrá alcanzar ciertas ventajas hoy y su emancipación después?

Pero vengamos ya al hecho concreto que nos ocupa, y digamos algo acerca de la magna reunión del domingo último.

Nunca se había celebrado en Madrid manifestación tan genuinamente obrera: unos 2.000 trabajadores llenaban por completo el local, y mayor hubiera sido el número si aquél fuese más espacioso.

Con presencia del delegado de la autoridad y algunos representantes de la Prensa, el tipógrafo Atanasio Blasco, presidente de la Mesa de Discusión de la Sociedad convocadora, dió principio al acto, marcando con breves palabras el carácter de la asamblea, ajeno a escuela alguna política ó social.

En seguida el presidente de la Sociedad Tipográfica, nuestro compañero Gómez Latorre, después de saludar en nombre de la Sociedad a los trabajadores que habían acudido a su llamamiento y á hacerse de ella solidarios, hizo á grandes rasgos la historia de dicha agrupación y la de las infructuosas gestiones realizadas por su Junta Directiva para alcanzar el cumplimiento de la ley relativa al trabajo de los niños.

La Asociación del Arte de Imprimir, al acometer tal empresa no tuvo en cuenta sólo los intereses de los obreros de la Tipografía y de los oficios similares, sino que, cumpliendo con el deber moral que le impone el ser una de las Sociedades más antiguas y numerosas, quería que los beneficios de sus trabajos alcanzaran también á los de las demás industrias.

Demostó que los industriales, lo mismo que los tribunales, los Sres. Montero Rios y conde de Xiquena y la Prensa, habían desdeñado tal reclamación, calificando con merecida dureza semejante conducta.

Reliéndose á la Prensa decía: «¿Cómo había de ayudarnos en nuestra obra, si precisamente las empresas periodísticas son las que explotan el trabajo de los niños de la manera más inicua? *El Liberal*, que ni siquiera ha anunciado esta reunión, ¿no es el enemigo más encarnizado de nuestra Sociedad, el que en la huelga de 1882 se arrastró á los pies del conde de Xiquena, contribuyendo con sus denuncias falsas á la prisión de nuestra Junta Directiva? ¿No fué el que propuso á los impresores y periodistas, entre otras indignidades, que se abriese en las imprentas un *registro negro* contra los tipógrafos asociados? ¿No es el que jesuiticamente cohibe á sus operarios el derecho de asociarse, marchando en esto del brazo con el antiguo carlista Dubrull, que cínicamente niega el trabajo á todo asociado? ¿Había de ayudarnos tampoco la *federal República*, que emplea niños en trabajo nocturno, y que mientras los tres ó cuatro adultos de su personal trabajan media semana los aprendices lo hacen diariamente por la economía que le resulta? ¿Podríamos tener á nuestro lado la *Gaceta Universal*, que además de pésimos precios y local inmundo, su empresario llega hasta apalea al operario que se atreve á insinuar la más ligera censura de su *ingenio*?»

Dijo también que en la imprenta de un diario de Medicina y Farmacia la totalidad del personal se compone de niños hasta de ocho años, y que la gran mayoría de los talleres está inundada de aprendices.

Por último, manifestó que como conclusión concreta de la reunión, la Junta Directiva había acordado redactar una exposición que podrían firmar todas las Sociedades obreras y los trabajadores que lo estimaran conveniente, lo mismo de Madrid que de provincias, para lo cual se la daría la necesaria publicidad, y que para su entrega al jefe del Gobierno designaría cada Asociación un representante.

El secretario primero de la Sociedad, Gómez Crespo, dió cuenta minuciosa del trámite de las diligencias practicadas, renovando las censuras contra los que tienen el deber de velar por la ejecución de las leyes y sólo muestran celo por las vejatorias de los intereses de los trabajadores.

Después de probar que los jueces no exigen responsabilidad á los industriales en cuyos talleres ocurren accidentes desgraciados á niños de corta edad, refirió que habiendo sido consultado indirectamente sobre este asunto un prohombre político, antiguo furibundo demócrata, ex ministro y actual jefe de una Asociación internacional en que todo es grande, magnífico y simbólico, se contentó con decir que los tipógrafos eran «pájaros de cuenta»; con lo cual creyó dejar probado que la mencionada ley, á la que por cierto presentó en las Cortes enmienda más liberal, no debía ser cumplida.

Terminó Gómez Crespo dando lectura á las adhesiones recibidas, cuya lista insertamos más abajo.

Usaron después de la palabra, para expresar su incondicional apoyo á la iniciativa de la Asociación del Arte de Imprimir: por la Sociedad Tipográfica de Socorro á Parados, Diego Abascal; por la Sociedad de Carpinteros, La Unión, Serna; por el Montepío de Tipógrafos, Rodríguez; por la Sociedad de Obreros en Hierro, Sánchez (R.); por la Sociedad La Obrera, Maza; por el Fomento de las Artes, Liguñano, y por la Sociedad de Socorros de Cajistas, Sánchez (G.).

Nuestro compañero Iglesias, designado por el Comité Central de la Federación Tipográfica, en grandes síntesis abarcó todos los aspectos de la cuestión planteada, contestando al mismo tiempo algunas ideas expuestas por los

representantes del Fomento de las Artes y de la Sociedad de Socorros de Cajistas, que, procediendo de agrupaciones de carácter mixto, esto es, de industriales y obreros, estaban en discordancia con las de la inmensa mayoría de la asamblea.

Razones de delicadeza nos vedan poner de relieve todo el efecto producido por la peroración de nuestro amigo: diremos sólo que de tal manera logró condensar é interpretar las ideas y sentimientos del inmenso auditorio, que los prolongados aplausos de éste revelaban que sus palabras eran la expresión exacta de sus aspiraciones.

He aquí algunos de sus más expresivos párrafos: «Esta reunión—decía—lo primero que significa es una protesta contra todas las autoridades y todos los Gobiernos que, desde el año 1873 hasta la fecha, no han cumplido una ley porque no les interesaba.

»Y á la vez que es una protesta contra los atropellos y abandonos cometidos en perjuicio de los trabajadores, es una afirmación terminante y clara de que éstos se hallan dispuestos á conseguir lo que desean, si no pacíficamente, por otros medios.»

Explica la apelación á los medios legales por el deseo de agotar todos los recursos pacíficos y demostrar á los obreros reacios y no asociados que sólo asociándose, uniéndose, podrán tener fuerza para emanciparse, y siendo los más, no estar dominados por los menos.

«No miramos la cuestión del trabajo de los niños —añadía—sólo bajo el aspecto humano, sino bajo otros dos aspectos de sumo interés: primero, que son nuestros propios hijos y debemos desear que se desarrollen vigorosamente, para que cuando lleguen á la edad viril no sean hombres inútiles, sobre todo en una época en que la clase trabajadora ha de llevar á cabo jornadas gloriosas. Y para eso necesitamos hombres fuertes.

»Además, el trabajo de los niños, como el de las mujeres, es más barato que el de los hombres, y de ahí la explotación que queremos evitar.»

Más adelante exclamaba:

«De la prensa burguesa no hay nada que esperar más que calumnias, nada que nos favorezca, todo lo que nos perjudique. No hay más que contar con nosotros mismos. No queremos mendigar concesiones, sino pedir lo que es justo; no queremos pedir sino lo que en último resultado podemos arrancar.

»Dividido, el trabajador no vale nada, cada vez vale menos. Pero el trabajador colectivo, la clase trabajadora unida, va creciendo, y al paso que va es de creer que al llegar al punto de organización que necesita, si sus reclamaciones no son satisfechas, todos esos átomos, convertidos en poderosa montaña, aplastarán á los que nos explotan.»

El *Imparcial*, que quizás por la única vez no se ha dejado llevar de su característica mala fe cuando de obreros se trata, hasta el punto de que de sus columnas tomamos los anteriores párrafos, comete, sin embargo, insigne inexactitud al afirmar que nuestro amigo Iglesias no perdonó en sus ataques ni aun á los trabajadores que como él no piensan. No incurrió ni debía incurrir en semejante torpeza, precisamente en ocasión en que tan solemne manifestación de solidaridad obrera tenía ante su vista, y de nuestra afirmación apelamos al testimonio honrado de todos nuestros compañeros allí presentes.

Después hablaron brevemente los obreros Peláez, Ballesteros, Ocaña y Daza, encareciendo todos la necesidad de estrechar la unión de los trabajadores; y después de reiterar la asamblea su apoyo á la Sociedad convocadora, se dió por terminada la reunión en medio del mayor entusiasmo.

* *

He aquí la lista de las Asociaciones de provincias adheridas:

Unión manufacturera del Arte de la Seda, de Valencia.—Asociación del Arte de Imprimir de Málaga.—El Centro local de las Sociedades obreras de Manresa.—Sociedad de Impresores, Litógrafos y Encuadernadores de Santander.—Sociedad Tipográfica de Valencia.—Sección Tipográfica de Burgos.—Sociedad Tipográfica de Bilbao.—Sociedad de Cerrajeros de Reus.—Subsección Tipográfica de Villanueva y Geltrú.—Asociación del Arte de Imprimir de Guadalajara.—Sección Tipográfica de Castellón de la Plana.—Sociedad del Arte Tipográfico de Logroño.—Sociedad Tipográfica de Tarragona.—Sociedad del Arte de Imprimir de Zaragoza.—Sociedad de Encuadernadores de Zaragoza.—Los Amigos del Progreso, de Córdoba.—Sección Tipográfica de Córdoba.—Sociedad Tipográfica de Barcelona.—Diecinueve Sociedades adheridas al Centro Obrero de Barcelona, representantes de 10.000 trabajadores.

* *

Cuanto pudiéramos decir del orden y animación que reinaron en el *meeting* sería pálido. En todos los semblantes se leía la satisfacción inmensa producida en los hijos del trabajo por aquel grandioso espectáculo de fraternal unión, demostrando al mismo tiempo que hoy ya los obreros saben atemperarse á las exigencias de la realidad; y que así como ahora reclaman con la fuerza de la razón la parte mínima de lo que á su derecho corresponde, mañana, cuando al compás de la resistencia que se les oponga vaya creciendo su poder y su cohesión, sabrán arrancar por la razón de la fuerza la integridad de lo que de justicia les pertenece.

* *

Excusado nos parece decir que en los alrededores del local se hallaban colocados, de orden gubernativa, multitud de agentes policíacos, entre los cuales pudimos contar más de 80 guardias de Orden público; y por si esto no fuera bastante, la prensa nos dió la noticia de que en el palacio de la Presidencia se había establecido un retén de dos secciones de Guardia civil de caballería.

LOS SOCIALISTAS ALEMANES

La gigantesca batalla que los obreros del Aveyrón están librando con sus poderosos explotadores, no ha despertado solamente los sentimientos de unión y solidaridad entre los proletarios del otro lado de los Pirineos, sino que ha puesto en movimiento á los obreros de todos los países, los cuales no pueden menos de considerar como suya la causa que defienden los mineros de Decazeville é interesarse por ella cuanto sus fuerzas les permiten.

En esta manifestación de solidaridad de intereses y de comunidad de ideas no podían ser los últimos en tomar parte los que se hallan á la cabeza del ejército socialista, los trabajadores alemanes. Y así ha sido, en efecto. Su órgano en la Prensa, el *Social-Demokrat*, ha publicado en su último número el siguiente llamamiento á la solidaridad obrera:

«Varios grupos del Partido manifiestan el deseo de que la huelga de Decazeville encuentre un apoyo en la clase obrera alemana; ya hemos insistido acerca de la importancia de esta huelga. Recordáremos una vez más que se trata de una lucha de clases de un alcance extraordinario, y que el triunfo de los mineros de Decazeville será una victoria para los obreros del mundo entero. No necesitamos recordar á nuestros compañeros alemanes sus deberes internacionales, pues han probado en más de una ocasión que saben cumplirlos. Si la idea de un apoyo material no se ha presentado todavía á un número mayor de grupos, es porque nuestros compañeros de Francia han descuidado el dirigirse directamente á los representantes conocidos de los obreros alemanes....

«Bástenos decir que Decazeville necesita ayuda: los obreros de Decazeville han hecho un llamamiento á los trabajadores de todos los países, y estamos persuadidos de que los obreros alemanes no permanecerán sordos á la demanda de sus hermanos franceses:

«¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNíos!»

¡Bien por los socialistas alemanes! Seguros estamos de que, á pesar de las persecuciones de que son objeto, de los grandes sacrificios pecuniarios que tienen que llevar á cabo para mantener la organización y propaganda del Partido, sabrán encontrar recursos con que ayudar á sus hermanos de Decazeville, probando de paso que si entre la burguesía alemana y la francesa puede haber odios y cuentas que saldar, entre los proletarios de ambos países no hay más que una idea, un propósito firme: el de mantenerse estrechamente unidos y el de pelear juntos para aniquilar á un mismo tiempo á los señores del capital.

Como en otro lugar verán nuestros lectores, los obreros de los tranvías de Nueva York han hecho una huelga para reducir la jornada de trabajo á doce horas.

Luego antes debía ser, por lo menos, de trece ó catorce horas diarias.

Luego si eso pasa en la república federal de los Estados Unidos, la república que piensa traer el Sr. Pi, federal también, no impedirá que los burgueses españoles exploten ferozmente á los trabajadores compatriotas suyos.

Que es lo que nosotros hemos sostenido, sostenemos y sostendremos siempre.

Por algo muchos miles de burgueses han dado su voto al Sr. Pi en las recientes elecciones de diputados á Cortes.

Así, uno de los fundadores de la Internacional en Francia, alma de la célebre huelga del Creuzot en 1870 y miembro del Comité Central de la *Commune*, ha muerto el 7 del pasado febrero en Numea, adonde fué deportado en virtud de sentencia del tercer Consejo de guerra. No obstante ser amnistiado, como sus demás compañeros de deportación, Así fijó su residencia en Numea, donde ejercía la profesión de maquinista ajustador.

Soldado inteligente y decidido de la causa de la emancipación obrera, sentimos de todo corazón su muerte, como seguramente la sentirán cuantos se precien de socialistas revolucionarios.

A cambio de nuestro semanario hemos recibido las publicaciones siguientes:

Le Socialiste, órgano del Partido Obrero Francés, de París.—*Il Fascio Operaio*, órgano del Partido Obrero Italiano, de Milán.—*O Protesto Operario*, órgano del Partido Obrero Portugués, de Lisboa.—*The Commonwealth*, órgano de la Liga Socialista Inglesa; *Justice*, órgano de la Democracia Socialista Inglesa, de Londres.—*El Socialista*, de México.—*La Défense des Travailleurs*, de Reims.—*Bandera Social*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *La Unión de Obreros en Hierro*, *Boletín de la Asociación General del Arte de Imprimir*, *La Unión Tipográfica*, *El Motín*, *La República*, *Gaceta Universal* y *La República Española*, de Madrid.—*Acacia*, *El Obrero*, *La Tempestad*, *Los Amichs Tintorers*, *La Justicia Humana* y *El Anunciador Peninsular*, de Barcelona.—*El Socialismo*, de Cádiz.—*El Reformista*, de Sabadell.—*Figuras y Figuronas*, de Alicante.—*La Juventud*, de Castellón.—*El Nuevo Ideal*, de Mataró.

CARTAS DE FRANCIA

Paris, 17 de abril de 1886.

A la hora en que doy principio á estas líneas la causa formada á los ciudadanos Duc-Quercy y Roche, por el imperdonable delito de haber hecho causa común con los huelguistas de Decazeville, y haberlos sostenido con sus consejos y con su pluma, se juzga ante el tribunal de

Villefranche, departamento del Aveyrón. Los periodistas que se han puesto de parte de la Compañía explotadora—seamos corteses—quien con sus escandalosas exco- lones ha provocado la huelga, están naturalmente en libertad, y algunos de ellos servirán de testigos en contra de sus colegas atropellados. Todo esto se halla dentro del orden burgués.

A este propósito un periódico recuerda oportunamente que en los últimos años del Imperio el obrero Assi, encausado en las mismas condiciones que los ciudadanos Quercy y Rôche, en plena huelga del Creuzot, encontró en Chalons un tribunal para absolverle.

Apostaré, sin ser profeta, que los jueces republicanos de Villefranche serán menos independientes que los jueces bonapartistas de Chalons.

Según en mi anterior decía, el Gobierno parece perseguido por un mal genio — el genio de la burguesía en decadencia — en este asunto de Decazeville: todo le sale al revés.

No atreviéndose a procesar á Basly, por las causas que ya conocen, aun cuando la mayoría de la Cámara le incitaba á hacerlo, echó mano del medio jesuítico y anti-parlamentario de negarle la prórroga de licencia que aquél solicitaba, negativa que, después de todo, no implicaba otra pena que la suspensión de sus honorarios los días que permaneciera ausente sin licencia. Pero como, según un artículo del reglamento, «es considerado ausente sin licencia el diputado que durante seis sesiones consecutivas no haya respondido á las votaciones nominales ó no haya tomado parte en los trabajos de las Comisiones, etc.»; y como desde el sábado último hasta el martes ó miércoles de la semana entrante, en que el Parlamento suspenderá sus sesiones por un mes, celebrará de seis á siete sesiones, todo lo más, basta con que nuestro compañero Basly, que acaba de llegar de Decazeville, asista hoy, como asistirá, á la sesión de la Cámara, para que su licencia quede prorrogada de hecho, y á pesar del voto escandaloso de la mayoría, por un mes más.

Y el diputado obrero volverá el lunes á Decazeville, á consagrarse con todo el ardor de sus convicciones al sostenimiento de la huelga y á la organización de las fuerzas proletarias de aquel país, para desesperación de la Compañía explotadora y de sus protectores: el Gobierno y la mayoría parlamentaria.

Es indudable que la burguesía francesa ha llegado á uno de esos momentos críticos de que nos habla la Escritura: «Tiene ojos, y no ve; tiene oídos, y no oye.»

Y en esto los subsidios siguen afluyendo á Decazeville: los huelguistas reciben fondos de todas partes. El ayuntamiento de Decize (departamento de la Nièvre) ha votado 200 francos, y el de Constantina (Argelia) 500, para socorrer á los huelguistas. La suscripción de *Le Cri du Peuple* asciende ya á cuarenta mil y pico de francos; la de *L'Intransigeant* á dieciséis mil y pico. El primero de estos periódicos remite todos los días próximamente mil francos á la Cámara sindical de mineros de Decazeville. Varios otros periódicos de París y de provincias han abierto igualmente en sus columnas suscripciones á favor de los mineros en huelga.

Según nota comunicada ayer á la Prensa por el grupo obrero de la Cámara, «los mineros tienen recursos suficientes para resistir más de un mes, sin contar la remesa de nuevos fondos que siguen recogiendo y enviando-seles».

Los meetings á beneficio de los mineros se suceden sin interrupción, produciendo abundante cosecha de francos y medios, que van á engrosar la Caja de los valientes huelguistas. En el que tuvo lugar el lunes pasado, en la sala Lévis, surgió la idea de fundar en París un «Comité Central de socorros para los mineros de Decazeville». Esta proposición, adoptada por unanimidad, fué formulada en los términos siguientes:

«Los ciudadanos reunidos el 12 de abril en la sala Lévis invitan á *Le Cri du Peuple* y á *L'Intransigeant* á que se pongan de acuerdo con los diputados y consejeros municipales socialistas para constituir en París un Comité Central de socorros á los mineros de Decazeville.

«Dicho Comité tendrá la misión de ponerse de acuerdo con el Comité de resistencia de Decazeville y buscar todos los medios posibles de crear recursos, con el fin de mantener constantemente en equilibrio la Caja de los mineros; abrir una suscripción de cuotas periódicas; organizar en París un servicio de recaudadores por oficios y profesiones, y cuando sea posible por talleres, y establecer relaciones con todos los centros obreros de Francia.»

Cuanto trabajan por la emancipación del proletariado aplaudirán este proyecto de organización. En París, como en Decazeville mismo, debemos aprovecharnos de las circunstancias para organizar la clase obrera, no sólo para la lucha presente é inmediata, que es la huelga, sino para luchas de otro género y de otra magnitud que nos reserva el porvenir. Todo lo que se haga en este sentido será siempre poco. «Organizar, organizar», debe ser el lema de los hombres que constituyen los diferentes Partidos Obreros de Europa.

Por eso, los esfuerzos empleados para agrupar los mineros del Aveyrón, en vista de la resistencia, no quedarán estériles; y aun cuando la huelga no tenga el éxito que nosotros deseamos, la organización quedará y en ella el espíritu que la ha engendrado, ese «espíritu socialista» de que tanto hablan los diarios burgueses, y que no les deja dormir tranquilos.

«La población se ha metamorfoseado, exclama el más grave de estos órganos, refiriéndose á la población minera de Decazeville; hoy se halla invadida de un mal que no tiene cura.»

Tiene razón el colega: es el mal inevitable de que morirá la burguesía.

París, 18 de abril de 1896.

Los ciudadanos Duc-Quercy y Roche comparecieron ayer, según he anunciado, ante el tribunal correccional de Villefranche. Sus defensores, Laguerre y Millerand, diputados de la extrema izquierda, pedían al tribunal que se declarara incompetente, puesto que habiendo sido los hechos de que se acusaba á sus defendidos cometidos por medio de la palabra escrita y la palabra hablada, sólo podían ser penados por las leyes de Imprenta y de Reunión de 1881, y caían por lo tanto bajo la jurisdicción del Jurado (*Cour d'Assise*).

Todo el interés del debate consistía, pues, en la actitud que adoptarían unos jueces que se llaman á sí mismos republicanos y que se encuentran en la alternativa de adoptar la jurisprudencia seguida hasta ahora por todos los tribunales desde la promulgación de aquella ley, ó mostrarse más reaccionarios aún que los tribunales oportunistas y que los tribunales del Imperio.

Los jueces de Villefranche, después de haber consultado telegráficamente al Ministro de la Justicia, se han declarado competentes, aboliendo de un rasgo la ley de Imprenta, actualmente en vigor, y la jurisprudencia establecida en la materia de cinco años á esta parte. Y todo para obedecer á la consigna de los príncipes de la mina y de la banca, nuevos señores de horca y cuchillo.

Los jueces de Villefranche han hecho bien en advertirnos repetidas veces que «son independientes» como ciertas damas nos hablan á cada momento de «su virtud».

El auto de declaración de competencia se funda en una sola razón, si así puede llamarse: en que los delitos cometidos por vía de la imprenta son delitos de derecho común y deben ser castigados por el Código Penal. Antigua y gastada argumentación de todos los poderes burgueses, y no por eso menos sofisticos. Si el orador ó el escritor son susceptibles de cometer un delito común, ó para hablar con más propiedad, un delito por medio de la palabra ó de la pluma, ¿de qué sirven ¡oh hipócrita burguesía! vuestras leyes de Imprenta y de Reunión?

Como era de esperar, pronunciada la competencia del tribunal correccional, con menosprecio de la ley y de la jurisprudencia, los acusados y sus defensores se retiraron declarando que apelaban al Tribunal de Casación, y dejando á los jueces «independientes» de Villefranche que debatiesen la cuestión á solas con su conciencia..... ó con sus intereses.

Pero si los debates de ayer, puramente jurídicos, han ofrecido un interés escaso desde el punto de vista de los hechos que constituían el fondo de la cuestión, en cambio las acusaciones del Ministerio fiscal presentan el carácter de verdaderas revelaciones, que formarán indudablemente uno de los documentos más preciosos para la historia de este período de decadencia de la burguesía.

En tres puntos se dividen, según el fiscal, los actos cometidos por los acusados para impedir á los mineros volver á la mina:

- 1.º Las noticias falsas remitidas á sus periódicos respectivos.
- 2.º Los discursos proferidos, con el mismo objeto, en reuniones públicas ó privadas.
- 3.º Y finalmente, un conjunto de actos encaminados á transformar el movimiento económico de la huelga en movimiento socialista.

De suerte que en plena República democrático-radical la propaganda de las ideas socialistas no es un derecho sino un crimen. De suerte que el hecho de demostrar al trabajador ignorante ó inconsciente que en esa lucha desigual y aislada con el capital todopoderoso no logrará nunca, si algo logra, que mejoras insignificantes, y que es preciso que se asocie, que se organice para alcanzar su emancipación completa, constituye el mayor de los atentados contra las instituciones existentes. Tiempo há que nosotros lo sabíamos; pero bueno es que se diga y se repita, por boca de los mismos gobernantes, para que todos lo aprendan.

«¿Qué es el socialismo? — pregunta el Ministerio fiscal. — Si se entiende por esta palabra la ley sobre Cámaras sindicales, entonces bien, el socialismo significa algo; pero fuera de esto, el socialismo no es más que un «ma-nejo», una semilla echada á los ánimos, y que produce frutos perniciosos.»

Y añade en un acceso de cinismo: «La magistratura francesa no faltará á su deber de deteneros en la peligrosa vía en que queréis arrastrar á las muchedumbres.»

Ya ven ustedes que el tal magistrado es una perla, y que con semejantes defensores la clase gobernante no está lejos de su derrota.

El resultado de este proceso no es dudoso, y cuando reciban esta carta, el telégrafo habrá anunciado la condena de los ciudadanos Duc-Quercy y Roche en primera instancia.

«Los que van á morir te saludan», podían exclamar nuestros gobernantes en esta ocasión, imitando á los antiguos gladiadores.

MOVIMIENTO POLÍTICO

BELGICA

A pesar de los hechos sangüinarios del general Van der Smissen, la burguesía belga no las tiene todas consigo: las huelgas menudean y los obreros, no obstante su extremada miseria, se niegan á trabajar si no se retribuye mejor su trabajo y se aligera un poco su explotación. Algunos burgueses ceden; pero otros se resisten, y pudieran dar lugar con su actitud á que los obreros, que han sufrido, á más del despojo de una parte de su trabajo, un trato duro y cruel, se dejen llevar de la cólera que encierra su pecho.

A las pérdidas insinuaciones hechas por los periódicos burgueses de que los recientes acontecimientos han sido provocados por agitadores alemanes, contesta *El Pueblo*,

órgano del Partido Socialista Obrero, en los siguientes términos:

«Si entre los mineros de las cuencas de Charleroi, del Centro y de Lieja se encuentran muchos alemanes, la culpa de ello la tienen los patronos. En efecto: los alemanes, obligados por la miseria, aceptan generalmente jornales más bajos que los obreros belgas. Para reducir el precio de la extracción de la hulla á la más mínima expresión, los patronos se aprovechan de que los trabajadores empleados en la misma no tienen sociedades de resistencia que puedan oponerse á este hecho, y aceptan á todos los extranjeros que se presentan á trabajar por bajo precio, despidiendo á los del país con el fin de crear plazas para los solicitantes.

Entretanto hacen decir á los periódicos de su devoción que las escenas que hemos presenciado podrían muy bien haber sido provocadas por alemanes.

«Esto es jesuítico. Siendo los obreros alemanes los que menos jornal ganan, resultan los más explotados por los patronos, y es natural que se unan á sus compañeros cuando todos se dejan llevar por la cólera y ceden á las sugerencias del hambre.»

MOVIMIENTO ECONOMICO

ESPAÑA

Barcelona. — La huelga de los curtidores de esta localidad y sus contornos prosigue en las fábricas donde no se han aceptado las condiciones presentadas por los obreros.

Gran número de sociedades de resistencia han ofrecido su apoyo moral y material á los huelguistas, distinguiéndose entre todas las de Valls, Vich, Igualada, Martoró, Valencia y Reus.

ESTADOS UNIDOS

De *El Socialista*, de México, tomamos el siguiente extracto de una relación que publica acerca de la huelga de los obreros empleados en los tranvías de Nueva York y Brooklyn, y en la cual éstos han salido vencedores:

«Nueva York, como Londres, acaba de tener también sus tumultos populares.

Todos los tranvías de Nueva York y Brooklyn, á una hora dada, y obedeciendo órdenes del Comité de la Asociación de Trabajadores, suspendieron su marcha. Los conductores todos, sin una sola excepción, se negaron á guiar los carros; en una palabra, se declararon en huelga general, á la cual se sujetaron también los del ferrocarril de Long-Island.

Pretendían los huelguistas cosas muy razonables. Reducción de la jornada de trabajo á doce horas y aumento de salario á 2 pesos por dicho jornal, con media hora para almuerzo en lugar de tomarlo en el mismo carro, en pocos minutos, frío y escaso, como era posible llevarlo en pobres vasijas de latón que al paso y sin parar les daban las mujeres ó hijos que al encuentro del vehículo salían.

Al principio las Compañías se negaron á someterse á las peticiones de los obreros; alguno que otro audaz mozo se aventuró á tomar las riendas de los abandonados coches para reemplazar á los huelguistas; pero sólo pudieron andar corto trecho, porque turbas compactas les asaltaron, y hubo hiza y sangre, acudiendo más de mil agentes de policía; pero ni la presencia de éstos, ni el molinete de los garrotos, ni la formidable lluvia de puñetazos que descargaron fueron poderosas á contener las masas de hombres que se renovaban y crecían con la resistencia. Carromatos enormes volcados sobre la vía, obstáculos de todo género echaban en las calles para que no pudieran pasar los vehículos. Era una batalla decisiva entre el trabajo y el capital: batalla de muchos miles de hombres, sostenidos por millares de familias y por la simpatía de todo un pueblo. llenaba el espacio un hurra! animador, veíanse por todas partes grupos entusiastas dispuestos á resistir, á pelear, á mantener el combate de lo pequeño contra lo grande, del sudor contra el oro.

Considérese á Nueva York, con su millón y ochocientos mil habitantes, y con los dos ó trescientos mil más que diariamente le envían Brooklyn y Jersey-City; considérese á este hervidero de industrias y de hombres sin medio de locomoción durante veinticuatro horas que duró la gran huelga, y se tendrá idea de la magnitud del desastre en las Compañías del transporte urbano. Considérese la incomodidad, la inconveniencia y el perjuicio que tal paralización causara á la población entera, y se tendrá idea de cuanta justicia asistía á los trabajadores, cuando todo el mundo sufría gustoso los ruinosos efectos de la huelga y á sostenerla llevaba el sentimiento de su simpatía.

Al fin cedió el más fuerte. Al fin capituló el oro que medraba con el hambre ajena. Las Compañías, imposibilitadas de encontrar un solo hombre que se presentase á subir á la plataforma de un coche, se inclinaron á la paz y firmaron las condiciones de los obreros. Justas condiciones por cierto. Doce horas de trabajo al día, y de un trabajo durísimo en el rigor del invierno, y 2 pesos por remuneración, con media hora para tomar algún alimento, menos tiempo del que se les da á las bestias para su pienso y del que necesita una máquina para calentarse y seguir su trabajo inconsciente.»

LA COMMUNE

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA (1)

La Commune de París debía servir de modelo á todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido el régimen comunal en París y en los centros secundarios, el vetusto gobierno centralizado habría entrado también en el camino que conduce al gobierno directo (*self-government*) de los productores. En un ligero bosquejo de organización nacional que la Commune no tuvo tiempo de desarrollar, establece claramente que la Commune hubiera sido la forma política, lo mismo de los grandes centros que de las más pequeñas aldeas, y que en los distritos rurales el ejército permanente habría sido reemplazado por una milicia nacional, cuyo servicio duraría un tiempo sumamente limitado. Las comunas

(1) Documento publicado á raíz de la caída de la Commune por el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

rurales de cada distrito debían administrar sus intereses comunes por medio de sus delegados reunidos en asambleas en la ciudad central del mismo, y estas Asambleas de distrito mandarían á su vez diputados á la delegación nacional reunida en París; todos los diputados serían revocables en cualquier tiempo y estarían ligados por el mandato imperativo de sus electores. Las pocas pero importantes funciones que quedaban aún á cargo del Gobierno central, no habían de ser suprimidas, como intencionalmente se ha propalado, sino que hubieran sido desempeñadas por el Consejo comunal y por sus agentes responsables. La unidad de la nación, lejos de romperse con la constitución comunal, se hubiera organizado, pasando á ser una realidad por la destrucción del poder del Estado, que pretende ser el representante de esa unidad independiente de la nación y superior á la nación misma, de la cual es sólo una excrecencia parásita. Al propio tiempo que los órganos meramente represivos del antiguo poder gubernamental habrían sido amputados, se habrían arrancado á una autoridad que usurpa la preeminencia sobre la sociedad sus legítimas funciones, para devolverlas á los agentes responsables de esta sociedad misma. En lugar de decidir cada tres ó seis años qué miembros de la clase acomodada debían representar mal al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal había de servir al pueblo, constituido en comunas, como un sufragio individual, para que cada cual designase en sus artes ú oficios los trabajadores y directores. Y es bien sabido que las sociedades, como los individuos, en cuestiones de su profesión, saben dar á cada cual el cargo para que es más apto, y si se equivocan, enmiendan inmediatamente la falta. Por otra parte, nada estaba más lejos del ánimo de la Commune que la idea de reemplazar el sufragio universal con la investidura jerárquica.

Se debe generalmente con las creaciones históricas completamente nuevas que se las confunde por sus antagonistas con las formas más añejas y olvidadas de la vida social con las cuales puedan tener alguna semejanza. Así es que esta Commune tan nueva y revolucionaria, que rompe el poder del Estado moderno, ha sido confundida con los Municipios ó Communes de la Edad Media, que precedieron en un principio y pasaron á ser luego la esencia de ese poder del Estado. La constitución comunal ha sido interpretada como un propósito de romper, por medio de una federación de pequeños Estados, tal como la soñaron Montesquieu y los girondinos, esa unidad de las grandes naciones, que si hubiera tenido éxito por la fuerza política, sería hoy un poderoso coeficiente de producción social. El antagonismo entre la Commune y el poder del Estado se ha confundido con la antigua lucha en contra de la centralización. Circunstancias históricas de momento pueden haber cambiado de curso el clásico desarrollo de la forma de Gobierno burgués, como en Francia, ó haber permitido completar, como en Inglaterra, los grandes órganos del Estado central por medio de corruptores consistorios, de consejeros agiotistas, de feroces guardianes de las leyes contra los pobres en las ciudades, y de los cargos de magistrados hereditarios y vitalicios en los campos. La constitución comunal habría devuelto al cuerpo social todas las fuerzas absorbidas hasta aquí por el Estado parásito que vive á costa de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Por este solo acto la Commune habría iniciado la regeneración de la Francia.

La clase media francesa de las provincias vió en la Commune el intento de restaurar la dominación que ella había ejercido sobre las comarcas rurales en tiempo de Luis Felipe, y que durante el gobierno de Luis Napoleón fué reemplazada por el supuesto poder de éstas sobre las ciudades centrales de sus distritos, y en ellas aseguraba, por medio de los trabajadores, la natural garantía de sus intereses.

La verdadera existencia de la Commune envolvía, como cosa corriente, la libertad municipal local, pero no tan laxa que pusiera en jaque el poder del Estado. Sólo podía caber en la cabeza de un Bismarck, quien, cuando no está absorto por sus intrigas de sangre y fuego, gusta siempre de volver á su antigua profesión de colaborador del Kladeradatsch (periódico satírico de Berlín), profesión tan adecuada al calibre de su nente; sólo podía caber en una cabeza tal, decimos, atribuir á la Commune de París aspiraciones á imitar la constitución municipal prusiana, que reduce el gobierno de las ciudades á simples ruedas secundarias de la máquina política del Estado, y que no es otra cosa que una caricatura de la antigua organización municipal francesa de 1791.

La Commune transformó en una realidad el Gobierno barato, ese reclamo de las revoluciones burguesas, destruyendo dos fuentes de inagotables gastos: el ejército permanente y el funcionalismo del Estado. La existencia de aquella suponía la no existencia de la monarquía, que es, á lo menos en Europa, el obstáculo normal y el indispensable protector de la clase rica; asentaba la República sobre las bases de las verdaderas instituciones democráticas. Pero ni un gobierno barato ni la verdadera república eran su objeto final.

El sinnúmero de suposiciones que se han hecho sobre la Commune y la multitud de intereses que creó en su favor, demuestra que era una forma política completamente expansiva, diferente en esto de todas las antiguas formas de gobierno, que habían sido enfáticamente represivas. Este fué su verdadero secreto. La Commune era esencialmente un Gobierno de la clase trabajadora, consecuencia de la lucha de la clase productora contra la clase propietaria, última forma política conocida y centro desde el cual debía realizarse la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, la constitución comunal hubiera sido un imposible, una ilusión. El poder político de los productores no podía coexistir con su esclavitud social. La Commune habría servido también de palanca para desarraigar las bases económicas sobre que se asienta la existencia de las clases y el poder de clase. Una vez emancipado el trabajo, cada hombre hubiera sido un trabajador, y el trabajo productivo habría dejado de ser un atributo de clase.

Cosa rara. A pesar de cuanto en los últimos sesenta años se ha dicho y escrito acerca de la emancipación del trabajo, no se había conseguido que los trabajadores tomaran antes de ahora en sus propias manos este asunto con esa decisión que ha provocado á un mismo tiempo toda la fraseología apologetica de los charlatanes de la presente sociedad con sus dos polos de capital y salario servil, ¡como si la sociedad capitalista estuviera aún en su puro estado de virginal inocencia; como si sus antagonismos no estuvieran aún desarrollados; como si sus ilusiones estuvieran aún vivas; como si no hubiesen puesto todavía en evidencia su repugnante prostitución! ¡La Commune, exclamaban ellos, pretendía abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, señores: la Commune prete día impedir que la clase propietaria, con el trabajo de los más, constituyera la riqueza de los menos. Quería la expropiación de los expropiadores. Necesitaba hacer de la propiedad individual una verdad, transformando los medios de producción, la tierra y el



BASLY, minero
Diputado socialista en el Parlamento francés

capital, que ahora son los principales instrumentos de esclavitud y explotación del trabajo, en meros instrumentos del trabajo libre y asociado. ¡Pero esto es el comunismo, un comunismo imposible! Mas esos miembros de la clase rica que son bastante inteligentes para comprender que el actual sistema de organización social no puede seguir, y éstos son los más, han sido los iniciadores y los más acérrimos defensores de la cooperación de producción. Si la cooperación de producción no debe continuar siendo un lazo ó un engaño; si no es una añagaza del sistema capitalista; si las sociedades cooperativas reunidas deben regular la producción nacional sobre un plan común, tomándola bajo su propia inspección y poniendo término á la constante anarquía y á las convulsiones periódicas que son la fatalidad de la producción capitalista, ¿qué otra cosa sería, señores, el comunismo, el posible comunismo?

La clase trabajadora no esperaba milagros de la Commune. No quería en manera alguna la introducción de utopías por medio de decretos del pueblo. Sabía que para llevar á término su emancipación, y con ella la más elevada forma á que tiende irresistiblemente la presente sociedad por sus medios económicos, debería saltar por encima de numerosos obstáculos y de una serie de procedimientos históricos para transformar los hombres y las cosas. No tenía ideales que realizar, sino dar la libertad á los elementos de la nueva sociedad de que está preñada la misma sociedad burguesa, caduca y arruinada. La clase obrera, plenamente convencida de su misión histórica, y con la heroica resolución de llevarla á cabo, puede reírse de las rudas invectivas de los caballeros de la pluma y el tintero y de la hipocrita protección de los doctrinarios burgueses, que hacen gala de sus necias vulgaridades con el tono sibilitico de la infalibilidad científica.

(Continuará.)

GALERÍA SOCIALISTA INTERNACIONAL

BASLY

III Y ÚLTIMO
Biografía de Basly

Nos hemos dirigido á nuestro amigo Basly para tener algunos detalles sobre su vida, y nos ha contestado con la carta siguiente, cuya elocuente sencillez sabrán apreciar nuestros lectores:

«Decazeville, 20 de marzo de 1886.

«Queridos ciudadanos:

«He aquí rápidamente varias notas biográficas que pueden ustedes publicar, si lo creen útil, en *El Socialista*.

«Hijo de una *herscheuse* (1) de la Compañía de Anzin y de un tonelero. Huérfano á la edad de diez años, y recogido por caridad en el hospicio de Valenciennes. Colocado á los once años en casa de un pintor de Denain, que me molía á palos y, en vez de enseñarme su oficio, me mandaba durante el día á recoger los desperdicios del carbón en los alrededores de la mina y por la noche me obligaba á trabajar en una fábrica de azúcar de remolacha. No sólo me maltrataba, sino que no me daba de comer más que una vez al día. Harto de aquella existencia, me escapé y volví al hospicio, donde fui recompensado con ocho días de calabozo.

«Pasé luego al servicio de un minero de Denain, y por su influencia fui admitido como *galibot* en las minas de Anzin. Tenía á la sazón once años y medio. *Remblayeur* á los doce años y medio, *herscheur* á los quince y, por último, cantero ó trabajador en la vena á los dieciocho, cuyo oficio ejercí hasta la edad de veintinueve; total, dieciocho años de mina. Esta es la mejor respuesta que puedo dar á los que me acusan de usurpar el título de minero.

«Fui despedido por primera vez de la mina después de la huelga de 1880, á consecuencia de haberme nombrado mis compañeros delegado de los huelguistas. Sin trabajo durante siete meses, me vi reducido para vivir á vender periódicos, principalmente *La Emancipación*, donde escribían Guesde, Lafargue y Deville. Admitido nuevamente en las minas de Anzin, me ocupé, juntamente con varios amigos, en la organización de un sindicato ó asociación corporativa.

«Nuestras primeras reuniones tuvieron lugar por la noche en el campo, y cuando el número de adherentes llegó á 500, celebramos una reunión pública con la cooperación de dos obreros metalurgistas de Lila, que se encargaron de llevar la palabra. A la salida de la reunión los mineros se alistaron en masa, lo que formó desde luego un núcleo de 1.200 asociados. Constituida nuestra organización, y habiéndome nombrado mis compañeros secretario general, abandoné la mina para poder consagrarme libre y completamente á nuestra Asociación (30 de mayo de 1885).

«Debo decirles al mismo tiempo cómo y en qué condiciones llegué á ser expendedor de bebidas. Después de la huelga de 1880 la Compañía, que me había despedido como delegado, me había expulsado igualmente de los *corons*. Mi mujer se encargó entonces de la gerencia de un despacho de bebidas, y servía el establecimiento mientras yo vendía los periódicos. Nadie ignora que en el Norte muchos mineros son expendedores de bebidas; había hasta capataces y contramaestres que dirigían despachos de este género, y hace muy poco tiempo que la Compañía les ha prohibido esta clase de comercio, así como el de comestibles.

«Según más arriba he indicado, los expendedores no son propietarios del establecimiento, sino nada más que *gerentes* ó administradores. Los fabricantes de cerveza son los que alquilan el local, material, etc., y suministran al expendedor las bebidas; lo cual explica el número considerable de cervecerías y tabernas que se encuentran en los centros mineros del Norte.

«En cuanto á mi papel en la gran huelga de Anzin, lo conocéis suficientemente, y la campaña que *El Grito del Pueblo* hizo en aquella época memorable me dispensa de insistir sobre este punto.

«Tal es, queridos ciudadanos, lo que de mí puedo decirles. Hagan de estas notas el uso que mejor les convenga.

«Vuestro y de la revolución.

BASLY.»

(1) Los *herscheurs* son los mineros que empujan las vagonetas cargadas de mineral; en la juventud de Basly las mujeres y los niños desempeñaban este trabajo. El *galibot* es el jornalero ó el niño que, siendo demasiado débil para *herscher* ó empujar los vagonetas cargados, acarrea el carbón en el fondo de la mina. El *remblayeur* es el obrero que forma los terraplenes en los cortes. Los *corons* son las habitaciones de los mineros.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

COMITÉ DE MADRID

Cuantos individuos deseen inscribirse en las filas de este Partido, podrán dirigirse todos los días no festivos, de ocho á diez de la noche, á la calle de Hernán-Cortés, núm. 8, pral.—P. A., JUAN GÓMEZ CRESPO, Secretario.

R. VELASCO, imp., Rubio, 20.—Madrid.